

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(S. MATEO, VI, 24-33.)

**Apego excesivo á los bienes de la tierra, vicio muy comun;
sus funestos afectos; medios de combatirlo.**

TEXTO. *Non potestis Deo servire et mammon.* No podéis servir á Dios y á las riquezas.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor acababa de decir á la muchedumbre que le rodeaba, que era menester evitar la avaricia y que no debíamos poner nuestros tesoros en la tierra, en donde los puede consumir el orin, ó robarlos los ladrones... « Poned, había dicho, vuestros tesoros en el cielo; porque en donde está vuestro tesoro, allí está tambien vuestro corazón ¹. » Queriendo precaver á sus oyentes contra esta dureza, con que nos apegamos á los bienes de este mundo, y disponerlos á confiar del todo en su maternal Providencia, añadió el señor: « Nadie puede servir á dos señores porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá, y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo, no andeis afanados sobre lo que comereis para sostener vuestra vida, ni sobre como os vestiréis para cubrir vuestro cuerpo; ¿ No vale mas la vida que el alimento, y el cuerpo no es mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿ Pues no sois vosotros mucho mas que ellas? ¿ Y quién de vosotros con todos sus cálculos puede añadir un solo codo á su estatura? ¿ Y por qué os inquietais sobre el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan; y sin embargo os digo, que ni Salomon en toda su

¹ Matth. vi, 20-21

gloria fué cubierto como uno de estos. Pues si Dios viste así al heno del campo, que hoy es y mañana será echado al horno; ¿ cuanto mas cuidará de vestir á vosotros, hombres de poca fé? No os acongojeis, pues, diciendo: ¿ qué comerémos, ó qui beberémos, ó con qué nos cubrirémos? Porque los Gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro Padre sabe que teneis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas se os darán por añadidura. »

PROPOSICION. ¡ Cuánto quisiera, hermanos carísimos, poder hacerlos entender bien y sobre todo determinarlos á practicar fielmente los importantes documentos, que encierra esta narracion del Evangelio!... Acaso jamás fué tan necesario recordarlos como en los tiempos, que vivimos... Todo el mundo cuenta sobre sí mismo; se olvida la Providencia; se divide el corazón entre Dios y los bienes de este mundo y ¡ ay! con deplorable frecuencia estos últimos se llevan la mejor parte, si no lo ocupan por entero!...

DIVISION. Trataré, pues, de demostraros esta mañana *Primero*: que el excesivo apego á los bienes de este mundo es un vicio muy comun: verémos, *en segundo lugar*, sus funestos efectos; é indicarémos, *en fin*, los medios de combatirlo.

Primera parte. Afirmo por de pronto que el excesivo apego á los bienes de este mundo es un vicio muy comun de nuestros días. Y no vayais á creer, hermanos míos, que quiera hablar aqui de aquellos avaros, que amontonan el dinero, sin gozar de él, siendo duros consigo mismos, y mas duros aun con los pobres. Tampoco pretendo ocuparme de aquellos usureros, que prestan al mayor interés que pueden; ni de aquellos otros que se enriquecen con fraudes y rapiñas y no retroceden ante ningun medio por injusto que sea, para engañar al prójimo y apoderarse del bien ajeno. No, esos avaros y bribones no forman mas que un número reducido; pero el vicio, de que intento hablaros, es muy comun.

Quiero hablaros de tantos hombres, por otra parte honrados, cuyo corazón, con gran detrimento de su alma, está asido á los bienes de este mundo, como si las riquezas temporales fuesen

su fin último, como si Dios no los hubiese criado para el cielo... En este punto deseo ser bien comprendido, no quiero exagerar nada.. El padre de familia, que conserva la herencia que sus abuelos le han dejado, y aun procura aumentarla con un trabajo legítimo, á fin de poderla trasmitir á sus hijos, es digno de elogio. Obreros honrados y laboriosos que habeis conservado la fé, que santificais el domingo, ciertamente que la religion no os imputará á crimen vuestra actividad y vuestra prudente prevision.

Pero ved á ese labrador enjaezando en domingo los caballos, para uncirlos á sus carruajes y al arado. Le detengo para decirle : — Hermano, V. ha trabajado bastante durante toda la semana; ¿ á qué, pues, fatigarse aun en el día consagrado al Señor y violar este mandamiento: *Santificarás las fiestas?* — Ah! señor, el trabajo apremia; no se encuentra trabajadores; y luego lo que hoy hiciere, hecho será. — Pero en fin, V. goza de una posicion desahogada, ni ha menester el trabajo para vivir y criar á sus hijos. — Entonces él zurriaga los caballos y parte, sin haberme dado la razon... Esta razon héla aquí: es el interés, el apego excesivo á los bienes de este mundo. Al trabajar así el día del Señor, ¿ no pretende ahorrar el dinero, que le costaría el empleo de algunos jornaleros? ¿ No muestra con eso la intencion de reunir una suma, para comprar nuevas tierras? ¿ No es verdad hermanos míos? ¿ No vemos eso todos los días?... Preguntad igualmente á tantos operarios, artesanos y obreros, cualquiera que sea la profesion que ejercen; preguntadles, porque no descansan en el día, en que el Señor les prescribe el reposo. Si ellos son francos, todos os darán la misma respuesta, todos os dirán que quieren ganar así algun dinero, para aumentar su fortuna ó completar sus economías...

Y este vicio de un apego excesivo á los bienes temporales no es privativo de los varones; ha penetrado en el corazon de las mujeres y hasta ha invadido el alma de los niños. Muy temprano se les habla de las ventajas de la riqueza; muy jóvenes aun, se les envía al campo ó al taller, sin darles quizá tiempo para arrodilarse ante Dios y ofrecerle las obras del día... En lugar de decir-

les : « Hijos míos, sed virtuosos, la felicidad se encuentra en la prudencia y la virtud, » se les dice : « Hijo mío, hija mía, entonces uno es dichoso, cuando gana mucho dinero. » Ved ahí como este vicio ha venido á ser comun; ved ahí como tantos cristianos de nuestros días han olvidado esa bella patria del cielo, por no ver mas que la tierra y no pensar mas que en sus bienes perecederos...

Segunda parte. Examinemos ahora, hermanos míos, los funestos efectos de este vicio, tan frecuente en nuestros días, el cual lejos de ser vituperado, es tenido casi en igual estima que la virtud. Lejos, muy lejos de mí el pensamiento de zaherir personalidades. Sin embargo, hermanos míos, ¿ he de dejar por esto de explicaros lo que dice el Evangelio? ¿ No haría traicion á mi ministerio, si os disimulaba lo que Dios exige de nosotros, para salvarnos?... ¿ No es el mismo Jesucristo quien nos enseña, que no se puede servir á dos señores, esto es : amar á Dios como debe ser amado y tener al mismo tiempo un amor desmedido á los bienes de este mundo? « Imposible, ha dicho él, que el corazon del hombre esté dividido; él es demasiado pequeño; si ama con exceso los bienes de la tierra, ya no puede amar á Dios, al contrario le ofende. » Y este mismo Salvador, hablando de un hombre rico que amontonaba sin cesar, y complaciéndose demasiado en sus bienes, construía nuevos trojes y ensanchaba sus graneros; este mismo Salvador, repito, ¿ no le llama insensato? *stulte*; porque en aquella misma noche, en que hacía cálculos de gozar de sus bienes amontonados, iban á pedirle el alma... Tal vez, hermanos míos, me expondría á disgustaros, si á ejemplo de nuestro divino Salvador, llamaba insensatos á los que se hallan dominados por la pasion del interés; sin embargo séame permitido señalaros algunos de los funestos efectos de esta pasion.

Élla destruye la fé y seca el corazon. Élla destruye la fé. ¿ Se considera acaso como un hijo del buen Dios, que le dará su pan de cada día ese hombre enorgullecido por los bienes que le reporta su trabajo exagerado?... No, él no cree sino en sí mismo; sólo en sí mismo cuenta; y echando una ojeada de complacencia sobre el

campo que ha cultivado, si es labrador, ó sobre el objeto, que ha terminado, si es artesano, se admira á sí mismo : « Oh! piensa él, Dios sería muy poco bueno, si me impedía recoger este salario, ó hacer la cosecha de este hermoso trigo. » Y acaso él hace estas necias reflexiones, mientras vosotros, fieles piadosos, estais congregados en este recinto en el Domingo, para implorar la misericordia y las bendiciones de Dios... ¡ O Dueño soberano del cielo y de la tierra, qué bueno sois vos! cómo no lanzais un rayo sobre ese impío, ese orgulloso que envaneido de esa salud, que le conservais, insulta en cierto modo y blasfema en su corazón de vuestra augusta Providencia!...

Sin duda, hermanos míos, que si queríamos reflexionar, bastaría dar una mirada á nuestro rededor, para observar que en mas de una circunstancia la justicia de Dios se ha cumplido en algunos de una manera visible. Aquí, es un carretero aplastado bajo las ruedas de una pesada carreta, que conducía en domingo. ... Allá es otro con una pierna rota... Mas allá una peste cebándose en el ganado y esparciendo el duelo y la ruina en la alquería. Sí, muy á menudo, aun en la tierra, Dios castiga tanto el trabajo del Domingo, como ese interés desordenado que es su primera causa ó raíz. Pero Dios es paciente ; Él no castiga siempre de una manera visible esas violaciones de su ley, esos adulterios de un corazón demasiado asido á las cosas de la tierra. Muchas veces Él se contenta con disimular y retirarse. Entonces la desventurada alma, castigada de esta manera, no vive sino para la tierra y olvida que existe un paraíso, para el cual ha sido criada... Ese hombre tan apegado al lucro, esa mujer tan interesada raras veces se dejan ver en la iglesia... Ellos nada creen, nada perciben de la grandeza y hermosura de las cosas de nuestra santa religión... Y cuando llegue la muerte, á pesar de las aperiencias exteriores, morirán en la obstinacion, con el idiotismo del bruto, sin pensar en las terribles consecuencias de la muerte.

Hermanos carísimos, ¿ hay acaso exageracion en mis palabras? Todo esto no es por ventura demasiado verdadero?... Pero escuchad todavía otro efecto producido por esta funesta pasion; tal

es la insensibilidad del corazón. No hablemos de la dureza hacia los pobres; puede ser que por amor propio ó por temor se les dé aun un pedazo de pan... No salgamos de la familia. ¡ Es costoso criar hijos!... O misterio de iniquidad! Quisiérase entonces no tener familia ó á lo menos tenerla lo menos numerosa posible!... ¡ Y cómo quereis que esa mujer, que tiene el corazón ajado y seco por la avaricia y por el interés, pueda producir y sacar esos tesoros de amor y ternura, que un padre y una madre cristianos derraman tan complacientes sobre sus hijos?... No; para esos padres endurecidos por el interés serán tambien los bienes de la tierra la única cosa amable en sus hijos ó en su hija única.

Y ¿ qué será de tales padres, cuando lleguen á ser viejos, achacosos é inútiles para el trabajo? Aquí, hermanos míos, siéntome con el corazón oprimido. Cuentan, que un emperador romano, (uno de tantos monstruos como el paganismo hizo sentar en su trono,) reunió en un día todos los pobres de Roma, los hizo meter en un barco y los mandó arrojar al mar como otras tantas bocas inútiles que hambreadan la república, sin darla ningun servicio... ¡ Pobres padres, cuando llegueis á ser viejos! si vuestros hijos están dominados por un apego excesivo á los bienes de la tierra, vosotros tambien, sí, vosotros seréis bocas inútiles... Muchas veces sin duda os sentiréis que sois una carga inútil, que gastais sin producir nada, que si no fuerais vosotros, habría podido reservarse tal suma etc. Si caeis enfermos, vuestro hijo que hará cuidar su ganado, no cuidará tal vez de llamar para vosotros la asistencia del médico... Relegados á un rincón de la casa que habeis construido, veréis en vuestra larga agonía, que vuestros ingratos hijos desean con ansia llegue el momento, en que puedan deshacerse de vosotros, como de un embarazo... Hermanos carísimos, tiemblo al deciros tales cosas... No obstante á eso conduce el apego desarreglado á las riquezas de este mundo; y quizás nos conduzca mas lejos aun, si no sabemos preservarnos de este vicio, que tiende á extenderse por nuestros pueblos, como una lepra funesta.

Tercera parte. Ah! hermanos míos, lo repito, me cuesta tratar

este asunto; pero por otra parte no puedo disimularlo. En efecto, segun los observadores atentos de nuestra sociedad, la disminucion cada día mas visible de la familia entre nosotros y la profanacion del domingo son los pecados, que han atraído y continuarán atrayendo sobre nuestra desventurada Francia los castigos de Dios; porque tales pecados son verdaderos ultrajes inferidos á la Providencia divina... Hemos querido ser ricos y amontonar, en lugar de levantar nuestros ojos al cielo, los hemos fijado en la tierra. Entonces ha estallado esta guerra desastrosa, que ha causado la muerte de tantos hijos únicos; despues ha aparecido ese extranjero insolente que, apremiando nuestra patria, la ha arrancado la enorme suma que sabeis. Ah! cuántos Domingos habrá necesidad de trabajar, para volver á ganar esta suma!.. Y si nosotros continuamos profanando así el día del Señor, estémos ciertos, que Dios sabrá manifestarse de nuevo, y el castigo esta vez será acaso mas terrible.

Pero no, hermanos carísimos; echémonos en los brazos de Dios, confiemos absolutamente en su Providencia; no violemos ninguna de sus leyes, y despues de haber trabajado seis días, consagremos el séptimo al servicio del Señor. « Mirad, dice Jesucristo en el Evangelio de hoy, á las aves del cielo; vuestro Padre celestial las nutre... ¿Porqué, pues, inquietaros tanto?.. ¿Acaso no teneis vosotros un alma inmortal?.. No sois vosotros mas caros á su corazon?... Ah! su ternura para con vosotros es mucho mayor?.. Poned, pues, en Él toda vuestra confianza y nada de lo necesario os faltará... » Mirad con que magnificencia Él embellece con los mas vivos colores y con los mas ricos ornamentos las flores, que no deben durar mas de un día... Si Él toma tanto cuidado por estas plantas tan frágiles, que mañana caerán secas, ¿ con cuánta mas razon cuidará de nosotros, que somos sus hijos, que hemos sido redimidos por la sangre de Jesucristo, que somos llamados á gozar un día de las inefables delicias del cielo!... Confianza, pues, hermanos míos, y confianza filial en la santa Providencia de Dios; este es un medio infalible, para destruir en nosotros este amor excesivo de los bienes terrenos.

Consideremos enseguida la fragilidad de esos bienes y su poco valor, comparados con los bienes de la eternidad, para los cuales Dios nos ha criado. Veámoslo, pues... Pero no; para hacer mi pensamiento mas vivo y sensible, representémonos al mas grande propietario del universo, al mas rico comerciante, al banquero mas afortunado que haya visto la tierra, acabando de morir. Mirad esa caja mas larga que ancha, que llevan al lado de su lecho de muerte... En élla, pues, le depositan y encierran... ¡Cómo! Á ese hombre dueño de tantas tierras, quintas y bosques le ponen en tan estrecho lugar!... ¿ Á ese mortal afortunado, cuyas arcas rebosaban piezas de oro y papeles aun mas preciosos, tratan de esta manera?... Sí, hermanos míos; así sucede; y de todos sus bienes, por cuantiosos que sean, ni los unos, ni los otros se llevarán nada, fuera de un triste ataud. Y nosotros, menos ricos y afortunados, tampoco nos llevaremos ni los campos que hayamos comprado, ni la casa que habremos construido, ni las rentas que hayamos acumulado... Nuestros herederos, nuestro hijos, á quienes hahremos inspirado la idolatría de los bienes terrenos, serán quizás los primeros en olvidarnos; nuestro nombre ya no será pronunciado sino con indiferencia en este mismo hogar que habremos edificado... Y entretanto nuestra alma ¿ en donde estará?... Ella estará en el lugar, á donde van á parar las almas de los que han profanado el Domingo, ultrajado la Providencia y formado su ídolo de las cosas de este mundo... ¡Oh, y si nosotros pensábamos en ello; cómo ese nada de los bienes de la tierra y esa bondad con que nos trata la Providencia divina, nos preservarían del apego excesivo á los miserables bienes de este mundo!...

PERORACIÓN. Hermanos míos, una historia, y termino. Nos refiere la Escritura, que Satanás recibió un día la permission de probar á un hombre justo y temeroso de Dios, el cual se llamaba Job. Este hombre poseía muy ricos rebaños; llega un mensajero y le dice. « Los ladrones os han robado todos vuestros rebaños. » Él tenía tambien numerosos hijos; llega otro mensajero y le dice: « vuestra casa se ha hundido y vuestros hijos é hijas han

quedado aplastados bajo sus ruinas. » En fin, desgracia sobre desgracia, él vió desvanecerse su inmensa fortuna ; hasta se vió privado de la salud y reducido á un estado tal de pobreza, que recostado sobre un muladar, no tenía mas que pedazos de teja para limpiarse las úlceras, que cubrían su cuerpo. » — « Hombre tan cruelmente probado, le decía su mujer, alza tus ojos al cielo ; maldice la Providencia, que te aflige de una manera tan terrible y muere blasfemando. » Pero él se contentó con responder : « Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré al seno de la tierra ; el Señor me lo había dado todo, Él me lo ha quitado todo, que su santo nombre sea bendito. » Inútil es deciros, que Dios que había querido probar á su siervo, supo recompensarle y hacerle mucho mas rico. Solamente quiero demostraros por el ejemplo de este hombre justo, como debemos considerar los bienes de la tierra. Si Dios, pues, nos los da, sepamos alabarle y darle gracias por éllo ; pero de ningun modo tratemos de adquirirlos, violando la ley del Señor. Ne peguemos demasiado á ellos nuestro corazon ; poseámoslos, pero de modo que ellos no nos posean á nosotros. No olvidemos nunca, que nosotros somos criados para gozar un día de las riquezas inmortales, y que en presencia de éstas los bienes de este mundo no son mas que un poco de lodo despreciable y sin valor. « Hijos de Cristo, cristianos bautizados en su nombre y marcados con su sangre, allá arriba, en ese hermoso paraíso, allá arriba debe estar nuestro corazon ; porque allá está nuestra fortuna y el inestimable tesoro del cual debemos ser un día dichosos poseedores. ¡ Oh hermanos míos, cómo al lado de las delicias de la eternidad el resto es nada ! » Sigamos, pues, el consejo, que nos da nuestro adorable Salvador. Preservemos nuestras almas de un apego desarreglado á los bienes de este mundo. Busquemos primero y ante todo el reino de los cielos y Dios sabrá darnos, segun su santa voluntad las demás cosas que necesitamos... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(Luc., VII, 11-16)

Sobre la resurreccion del hijo de la viuda de Naim.

TEXTO. *Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ, et hæc vidua erat ; et turba civitatis multa cum illa.* Y hé aquí que llevaban á enterrar á un difunto, hijo único de una madre viuda, é iba con élla mucha gente de la ciudad.

EXORDIO. Hermanos míos, nuestro Señor Jesucristo, despues del célebre sermon pronunciado sobre la montaña, del cual hemos hablado mas de una vez, se había dirigido á la ciudad de Cafarnaum. Aquí hallábase gravemente enfermo y á punto de morir el criado del centurion. Los Judíos suplicaban á Jesús que le curase ; « este centurion, decían ellos, protege nuestra nacion, él merece ser escuchado. » Accediendo á sus deseos, nuestro dulce Salvador se dirigía á la casa del centurion, para curar al criado enfermo, cuando sin demora este oficial envió algunos amigos á decirle : « Yo no soy digno, que vos vengais hasta á mi casa ; no tengais esa molestia, vos sois todopoderoso, decid sólamente una palabra, y mi criado quedará sano ¹. » Ya sabeis, hermanos míos, que Jesús, admirando la fé de este capitán pagano, le concedió el favor que le pedía, devolviendo la salud á su criado. Era ya esto mucho, haber curado, sin verle, á un hombre gravemente enfermo y casi agonizante. Pero el prodigio que cuenta el Evangelio del día de hoy, es mas sorprendente aun.

« Dejando, pues, nuestro Salvador á Cafarnaum, se dirigió á la ciudad de Naim ; é iban con Él sus discípulos y una gran muchedumbre del pueblo. Y acercándose á las puertas de la ciudad,

1. Math. VIII, 8 ; Luc. VII, 6.